

Viajeros y vínculos. El viaje como modo de vida¹

LAURA MERCEDES OYHANTÇABAL

EQUIPO INTERDISCIPLINARIO DE INVESTIGACIÓN:

PROGRAMA GÉNERO, CUERPO Y SEXUALIDAD, DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN, UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

MONTEVIDEO, URUGUAY

Correo electrónico: mercedes.oyhant@gmail.com

RESUMEN

En la sociedad contemporánea los movimientos poblacionales, por motivos diversos, se han tornado más frecuentes. Algunos individuos eligen el viaje como modo de vida, se desarraigan de un territorio fijo para desplazarse de forma semi o no estructurada por tiempo indefinido, financiándose mientras viajan y sin otra proyección a futuro más que la de seguir viajando. Su elección es considerada un proyecto de vida individual que integra prácticas, disposiciones, apariencias y discursos específicos. En este artículo se realizó un recorrido teórico y etnográfico que expone e interpreta algunas de esas prácticas, discursos y representaciones. En particular, se hizo énfasis en cómo se autorrepresentan e identifican como sujetos viajeros y de qué forma se vinculan con otros, tanto viajeros como «locales».

Palabras clave: viaje, modos de vida, nomadismo, vínculos, viajeros.

TRAVELLERS AND BONDS. TRAVEL AS A WAY OF LIFE

SUMMARY

For different reasons population movements have become more frequent in contemporary society. Some people choose to travel as a way of life. They uproot from a fixed territory to travel in a semi or non structured way for an indefinite period of time, being funded on their trip and without any other future projection but to continue travelling. Their choice is considered to be an individual project of life that integrates practices, dispositions, appearances and discourses. This article aims at

¹ En este artículo estamos usando el sistema de referencia de las Normas APA.

a theoretical and ethnographic journey that presents and interprets some of these practices, discourses and representations. In particular, emphasis is made in how they perceive and identify their selves as travelers and how they connect to other travelers and locals.

Key Words: travel, way of life, nomadism, bonds, travelers



INTRODUCCIÓN

En la actualidad, observamos un crecimiento marcado del turismo como práctica divulgada del viaje. Cada vez más nos encontramos con viajeros en nuestras ciudades, personas hablando en distintos idiomas, otros que, más o menos fácilmente, identificamos provienen del extranjero. Las prácticas de turismo se han incrementado y también diversificado, no todos viajan por los mismos motivos ni con los mismos objetivos. Se pueden distinguir diversas prácticas de viaje y discursos de viajeros de distintas edades que pertenecen a diversos países y sectores de la sociedad. En particular, hay una cantidad considerable de personas que optan por una forma de viaje que no siempre es organizada y estructurada previamente, y que implica el desarraigo permanente de un territorio fijo, de la familia nuclear, de ciertos bienes materiales. Algunos viajeros abandonan la vida sedentaria para embarcarse en un viaje permanente porque eligen el nomadismo como estilo de vida.

El objetivo de este trabajo es comprender cuáles son los discursos y prácticas asociados a las personas que eligen viajar como modo de vida, por tiempo indefinido. En particular, se busca responder a las preguntas: ¿cómo se auto-representan, se identifican y son identificados estos viajeros y cómo se vinculan con otros viajeros o con personas «locales»?²

Este artículo se elabora a partir de una investigación de carácter etnográfico realizada como tesis final de grado de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. En particular, tiene como base el segundo capítulo de la misma: «Entre sujetos, identificaciones y presentacio-

² Se utilizará el término «locales» para referir a la gente propia del lugar. Es un término utilizado frecuentemente por los viajeros.

nes del yo. Eligiendo ser nómada en la sociedad contemporánea». Para llevar a cabo esta investigación se consideraron sujetos que eligen el viaje como opción de vida. Es decir, se tomaron personas que estuvieran viajando por tiempo indeterminado, sin proyectar a futuro el volver a vivir de forma sedentaria.

El interés en esta temática es reciente. En Europa y Norteamérica se han realizado varias investigaciones y publicaciones en los últimos años (ATLAS³; BRG⁴; ISTC⁵; Richards & Wilson, 2004). Sin embargo, en Latinoamérica encontramos pocos antecedentes y no siempre trabajan exactamente el nomadismo, sino más bien los viajes prolongados de mochileros.⁶ Monteiro Silva (2011) investigó desde las ciencias sociales las prácticas mochileras en Brasil. Cabello (2014), enfocado en estudios culturales, investigó el turismo de los mochileros de y en Chile. Espinosa (2012) realizó una etnografía en Salta, Argentina, sobre los viajeros nómades que viven de la venta de artesanías y de los espectáculos de arte callejero. En el caso de Uruguay no se ha encontrado, desde la antropología, ningún antecedente a esta temática.

En lo que a la metodología de esta investigación refiere, la etnografía es un método integral, específico de la antropología, que abarca no solo la obtención y construcción de los datos y el trabajo con los mismos, sino también la producción académica escrita. Marcus y Fischer (2000: 43) señalan que «la etnografía es un proceso de investigación en que el antropólogo observa de cerca la vida cotidiana de otra cultura, la registra y participa en ella —experiencia conocida como método de trabajo de campo—, y escribe luego informes acerca de esa cultura, atendiendo al detalle». Estos autores entienden que la etnografía escrita es la forma de expresión para que académicos y otros posibles lectores accedan a los procedimientos que se utilizaron en el trabajo de campo, los datos

³ *Association for Tourism and Leisure Education and Research.*

⁴ *Backpackers Research Group.*

⁵ *International Student Travel Confederation.*

⁶ El recorte entre nómada y mochilero se hace con base en las proyecciones a futuro. El mochilero realiza un viaje prolongado pero proyecta volver a vivir de forma sedentaria. El nómada no proyecta a futuro volver a la vida sedentaria.

recolectados acerca de la otra cultura y las reflexiones personales y teóricas del etnógrafo.

En esta investigación se pretendió aplicar el método etnográfico sobre la base de una «descripción densa» (Geertz, 2003: 24), que contemple la variedad polifónica y las reflexividades de los interlocutores y del investigador, que mantenga una vigilancia epistemológica (Guber, 2001) y que no olvide el hecho de que el conocimiento generado es un «conocimiento situado» (Haraway, 1995: 12).

Las cuestiones de tiempo y espacio son un tanto particulares por las características de los viajeros como tema a investigar. Ellos no conforman una comunidad única que se manifieste en un espacio y un tiempo particular, por el contrario, son multisituados, globales y de conformación diversa. Esto implicó llevar adelante una «etnografía multilocal» (Marcus, 2001), etnografía que sigue las redes, conexiones y relaciones, ya que lo que busca investigar es móvil, global y múltiplemente situado.

En efecto, se realizó trabajo de campo en lugares variados: en *hostels*, en lugares frecuentados por viajeros en distintas ciudades de países de Latinoamérica y Europa, hospedando viajeros, asistiendo a encuentros, a través de sitios web en internet (como *Couchsurfing*, perfiles y páginas de *Facebook*, *Blogs*, foros, etc.), siguiendo virtualmente a ciertos viajeros, entre otros mecanismos. Asimismo, esta investigación exigió el uso de varios idiomas: español, inglés y alemán.

En suma, el siguiente artículo propone ser un aporte a los estudios sobre la temática, considerando que el fenómeno del viaje como estilo de vida es creciente y cada vez impacta con más fuerza en nuestra región. A su vez, la etnografía, como metodología específica de la antropología, habilita una comprensión más holística del tema gracias a la inclusión de las voces de los interlocutores, la narración de sus experiencias y las reflexividades del investigador.

EL VIAJE COMO MODO DE VIDA

El propósito de la etnografía fue, como ya se mencionó, investigar a aquellos que eligen el viaje como estilo de vida, por lo

que es necesario ahondar en estos dos conceptos: el viaje y los modos de vida.

James Clifford estudia los viajes y los pone en relación con la práctica antropológica y el turismo. Entiende que el viaje es una parte integral del nuevo orden posmoderno de movilidad y explicita la diferencia entre el viaje y el desplazamiento. Asumir el viaje como un desplazamiento donde el que se desplaza es «por definición alguien que goza de la seguridad y el privilegio de moverse con una relativa falta de condicionamientos», este es parte del mito del viaje. Por el contrario, «los viajeros se desplazan bajo el efecto de poderosas presiones culturales, políticas y económicas, y de que algunos de ellos son unos privilegiados desde el punto de vista material, mientras que otros están oprimidos» (Clifford, 1995: 16-17).

En el viaje, el viajero se redefine respecto a un otro que puede ser subjetivo o espacial, por lo tanto, las identidades son negociadas recíprocamente y el lugar del viajero es definido por la significación simbólica que se le da a sus prácticas. En conclusión, no todos los viajeros son iguales, ni se relacionan de la misma forma con el otro ni con el espacio, y sus motivaciones para el viaje predeterminan los espacios y la forma en que estos van a moverse. El viaje pasa a ser la expresión de búsquedas, aprendizajes, sentires y exploraciones diversas que consideran la movilidad espacio-temporal como base.

Situar al viaje como opción de vida implica entenderlo como la elección «libre» de un sujeto de un proyecto de vida particular. Este proyecto es integral, comprende preferencias en cuanto a prácticas, experiencias, consumo de productos, disposiciones corporales, discursos, etc. Ricardo, uno de los viajeros etnografiados, nos ayuda a entender esta idea cuando señala: «Para mí viajar es la vida misma. No sé vivir de otra forma. Me di cuenta que la vida está ahí en movimiento, que necesariamente hay que salir, moverse, disfrutar de lo que me da la ruta. El ver lugares distintos, personas, comidas, culturas diferentes y aprender de todos un poco me ha modificado no solo en mi forma de pensar, sino también de sentir».

El surgimiento de los estilos de vida está contextualizado en el avance del capitalismo, la globalización, la urbanización, la fluidez de las relaciones sociales y la desestabilización de las rígidas

categorías sociales de la modernidad. En la sociedad actual, emerge en los sujetos la necesidad de generar una identidad propia y de individualizarse. La elección de un «estilo de vida» es parte de esa individualización, que podría llegar a ser hasta más significativa que la clase social. Es importante considerar que las elecciones están condicionadas por factores como la edad, la clase, el género y la etnicidad, es decir, no son elecciones descontextualizadas (Wheaton, 2004).

Entonces, el viaje es entendido como proyecto de vida, como una dimensión integral, racional y consciente que considera las circunstancias presentes en un campo de posibilidades. Gilberto Velho (2010) introduce este término para reconocer los límites socioculturales en los que se mueven los individuos y los grupos en una sociedad en la que predominan los valores individualistas. En este sentido, los individuos se hacen y son constituidos, hechos y rehechos, a través de sus trayectorias personales.

Como plantea Michel Maffesoli (2004), hoy en día la vida errante y el nomadismo, en las diversas formas que adoptan, se han convertido en un hecho cada vez más evidente y presente en la sociedad actual. En esta, las generaciones jóvenes apuestan cada vez más, como forma de realización individual, a satisfacer su hedonismo egoísta o a apostar al trabajo y al profesionalismo como valores del productivismo dominante. Maffesoli observa que en estas generaciones subyace una posible rebelión latente que podría llevarlos del consumo por mero hedonismo a la vida errante. Esta última podría significar una revuelta, evidente o no, contra el orden establecido de principios y valores que dominan esta sociedad. Este autor adopta entonces el concepto de «nomadismo» de Gilles Deleuze y Felix Guattari (2004), quienes lo entienden como una «máquina de guerra».⁷

Espinosa (2012) denomina «neo-nómades» a este tipo de viajeros que eligen, como alternativa a los estilos de vida convencionales, el vivir en movimiento por un tiempo prolongado. Observa que siempre ha habido viajeros, pero hay algunos rasgos

⁷ La máquina de guerra es entendida como exterior a las lógicas del aparato de Estado. Es el sujeto que deviene nómada y se enfrenta al Estado para no someterse a su ordenamiento.

que distinguen a estos nómades contemporáneos: el conseguir cotidianamente el sustento para reproducir su vida, el entender el viaje como una instancia de aprendizaje, búsqueda y exploración basados en la construcción de un modo de vida alternativo y la renuncia a estabilidades, seguridades y comodidades para practicar una vida austera y desapegada.

PENSANDO AL SUJETO VIAJERO

Los viajeros que eligen el viaje como modo de vida y construyen su subjetividad en torno a este proyecto tienen ciertas representaciones, puntos de vista, formas de actuar y de relacionarse con los otros y con el lugar. En esta diversidad de prácticas y representaciones es que van construyendo sus identidades, o *identificaciones* (Hall, 2003). Si buscamos entender teóricamente la construcción del sujeto es necesario indagar sobre las diversas formas en que se concibe al mismo. Guigou (2004) realiza un útil análisis comparativo de la concepción de sujeto y sus prácticas con base en los aportes de De Certeau y Foucault.

Elegir el viaje como modo de vida implica operaciones sobre el cuerpo y el alma del viajero; es decir, se alteran su conducta, sus pensamientos, su forma de ser. Muchos viajeros optan por esto con el fin de alcanzar un estado de felicidad, de completitud, etc. Aquí entra en juego lo que Foucault (2008) denomina *tecnologías del yo*, aquellas técnicas que le permiten al individuo realizar estas operaciones sobre el cuerpo y el alma. Muchas veces, para realizar ciertas transformaciones, el sujeto debe quebrar los principios morales de una sociedad específica para poder deconstituirse como individuo moldeado por las tecnologías de poder. Michel de Certeau entiende al sujeto en función de sus *artes de hacer*, es decir, en función de las prácticas cotidianas del individuo que combinan, de forma inseparable, la manera de pensar, de actuar y de representar, y que apelan a la improvisación, la imposición y la creatividad. Guigou (2004), sin embargo, advierte la existencia de fantasmas en estas reinserciones del sujeto que nos devuelven a escenarios tendientes a la disolución del mismo, a entender al sujeto como objeto.

Por esta razón, tomamos el concepto de *agenciamiento* de Deleuze y Guattari (2004) que resulta útil para pensar al sujeto, ya que

rompe con estas problemáticas devenidas del pensamiento estructuralista. Este concepto enfatiza lo pragmático y el co-funcionamiento heterogéneo entre elementos que son multiplicidades potenciales. Es decir, el *agenciamiento* es esa multiplicidad cambiante que introduce dimensiones a medida que aumentan sus conexiones. Ser, existir, es estar atravesado por devenires múltiples y contradictorios, es devenir rizomático. El sujeto agenciado está en constante conexión con otros *agenciamientos*, deviniendo en nuevos *agenciamientos* que pueden ser muy diferentes. La concepción de sujeto de Deleuze y Guattari contiene implícita la idea de Foucault de que el individuo es producto del poder, pero que puede generar nuevas búsquedas para la producción de subjetividades. Sin embargo, la extiende con una noción más dinámica de la existencia, del ser, no tan determinista, sino que múltiple y cambiante a pesar de estar atravesada por el poder. Esta idea de sujeto coincide con el planteo de Guigou (2004) de tener en cuenta la posibilidad de nuevas orientaciones en pos de una concepción antropológica del sujeto que considere la producción de prácticas desde su heterogeneidad creativa. En suma, a lo largo de este artículo se entenderá al sujeto viajero como productor de prácticas creativas y heterogéneas en su interacción con los otros, subjetivos, múltiples, espaciales y temporales. El viaje posibilita conexiones nuevas, que el sujeto viajero no concebía o visibilizaba, producto del contacto de realidades previamente inconexas. Es decir, en las narrativas de los viajeros se pone de manifiesto con más intensidad esta idea de *agenciamiento* de Deleuze y Guattari (2004) como multiplicidad cambiante a partir de los contactos con otros *agenciamientos*.

CALEB

Caleb me envió una petición de hospedaje por *Couchsurfing*.⁸ Su solicitud no fue formal⁹ y no incluía muchos detalles: ni intro-

⁸ Plataforma web que permite a los usuarios ofrecer servicios de alojamiento y hospitalidad entre viajeros y anfitriones. La página web es la siguiente: www.couchsurfing.com.

⁹ La plataforma habilita a enviar mensajes a los usuarios y solicitudes de hospedaje. Estas últimas tienen un formato distinto que incluye fecha, hora y medio de llegada y de partida.

ducción, ni fechas de llegada o cuánto se quedaría, solo señaló que hacía un año y medio que viajaba como «El Chapulín Mochilero». Por su mensaje me dio la impresión de que parecía interesarle no solo el hospedaje, sino también el entrar en contacto con gente que viviera en Montevideo. Investigando su perfil de *Couchsurfing* descubrí que era de Monterrey, México, y que, desde que empezó a viajar, había recorrido varios países en Latinoamérica. Se presentaba como aventurero, amante de viajar, de conocer el mundo y sus personas, y entender cómo funcionan las cosas fuera de su esfera. Decía que quería conocerse a sí mismo, ser feliz, hacer el bien y buscar buenos momentos para recordar. Además, en su foto de perfil se lo veía en las Cataratas de Iguazú disfrazado de Chapulín Colorado. ¿Cuál sería el origen de esta práctica? ¿Por qué se identificaría con el personaje al punto de autodenominarse «El Chapulín Mochilero»?

Coordinamos encontrarnos el jueves siguiente en el bar Kalima, donde se realiza el *weekly meeting*¹⁰ de *Couchsurfing*. Me envié una foto disfrazado del Chapulín para que pudiera reconocerlo con facilidad. El jueves, al llegar al bar y subir al segundo piso, me topé en las escaleras con un chico de barba larga, rubia y enmarañada que vestía una remera roja con el corazón del Chapulín Colorado.¹¹ Comprendí que el estar disfrazado era una parte esencial de la presentación de su persona.

Con Andrés, otro viajero que participaba del encuentro, nos sentamos en la vereda frente a Kalima. El viaje era el tema central de conversación: Caleb y Andrés hablaban de sus experiencias, de todo lo que habían conocido. Andrés enumeraba *tips* que había leído en internet sobre las mejores formas de viajar, nos aconsejaba sobre cómo prever todos los posibles problemas que podrían surgir al partir de viaje. Caleb, por el contrario, hacía énfasis en la improvisación y la espontaneidad como principios fundamentales, como parte esencial de la aventura. Se percibía una leve tensión por el no coincidir plenamente en la forma

¹⁰ El *weekly meeting* de *Couchsurfing* es un encuentro semanal de usuarios de la página, tanto de viajeros como de anfitriones.

¹¹ Personaje de una serie mexicana del mismo nombre.

de viajar. El Chapulín Mochilero narró una breve secuencia en Honduras:

Caleb: Yo cuando viajo solo no me fijo nada en internet, pregunto al que me hospedará cómo es el lugar. No necesitas saber más. Estuve una vez en la ciudad más peligrosa del mundo, en Honduras.

Andrés: En El Salvador es.

Caleb: No, no, en Honduras; es la ciudad con más índices de asesinatos en el mundo. Estaba allí en el centro con el Chapulín, con la mochila. La gente me gritaba: ¡Chapulín!, ¡Chapulín! Y yo saludaba así, tranquilo, ¿sabes? Nunca me preocupé. Luego me enteré de dónde estaba parado, luego de dos semanas en esa ciudad, descubrí que estaba en el lugar más peligroso del mundo. Pero no necesitaba ningún *tip* de internet para llevar eso.

Andrés: Bueno, yo sí.

Andrés pareció algo molesto con la anécdota narrada y prefirió retirarse. Caleb no dejó pasar un instante para indicarme que este chico era «uno de esos típicos que viaja sin aventurarse», que detestaba ese tipo de viajeros porque ya sabían de antemano todo lo que les iba a suceder, como en un viaje turístico convencional. Eran viajeros que para Caleb carecían de incertidumbre, apertura, espontaneidad.

DEVENIR CHAPULÍN MOCHILERO

Caleb es un joven de 31 años, realizó su carrera de grado en Ingeniería en la ciudad de Monterrey mientras su exnovia estudiaba comunicación. Con trabajo estable, vivienda asegurada y el plan de formar una familia, ella lo dejó, frustrando su proyecto de vida. Como menciona Velho (1994), los proyectos (entendidos como la tentativa consciente de darle sentido a la existencia individual) pueden cambiar, ser substituidos o transformados por el dinamismo implícito de la biografía de cada actor, por la acción de otros actores, los cambios sociohistóricos, etc.

Su exnovia le había despertado la idea de viajar por el mundo. «Una mañana ella me envió un artículo de Anico Villalba, una mochilera argentina que se lanzó a viajar y dedica su vida a eso y

a escribir libros para mochileros. En este artículo ella respondía la pregunta: '¿Cómo perder el miedo a viajar?' [...]. Leí el artículo y me iluminó. Leí otros de sus libros y ¡me decidí!» (Caleb).

Caleb sintió que el proyecto de vida que llevaba era aburrido, monótono y predecible: «¿A poco va a ser así todos los días de mi vida?». Por lo que eligió embarcarse en un nuevo proyecto: vivir viajando para, como plantea Maffesoli (2004), salirse del confinamiento y soltar las amarras.

Anunció a su familia que partiría de viaje recorriendo Latinoamérica: «Imagínate que mi madre se enloqueció», me comentó Caleb. La madre se mostraba disconforme con su nuevo proyecto y el padre enfatizaba que esa decisión lo llevaría a la ruina, a la pérdida de todas sus posibilidades de crecimiento en la vida. Son padres que ven a su hijo como desviado de la norma, ya que piensan los proyectos de vida enmarcados en la modernidad. Sin embargo, Caleb vive la "vida trágica" (Maffesoli, 2001) y asume la existencia y convivencia de distintos estilos de vida y visiones del mundo en la sociedad urbana (Velho, 2010): «Y bueno, ya ves, este viaje se convirtió en esto: hace un año y siete meses que viajo como el Chapulín Mochilero y sin miras de volver. Si me preguntas qué me imagino de mí mañana, solo te podría responder que vivo el presente y mi presente es viajar» (Caleb).

La idea de disfrazarse del Chapulín Colorado surgió algunos meses después de emprender el viaje mientras hacía dedo con un amigo en la ruta. En reiteradas ocasiones les resultaba muy difícil que los llevaran, así que pensó que debía encontrar algo que hiciera más atractivo su viaje. Devenir en personaje fue una solución práctica. Caleb se disfrazó del Chapulín Colorado y su amigo del Chavo del ocho.

Pronto su personaje se volvió muy reconocido en los países de Latinoamérica gracias a la divulgación de las fotos que publica de él en paisajes diversos con su disfraz, la bandera de México y el chipote chillón.¹² Al *googlearlo* como «El Chapulín Mochilero» aparece una serie de notas en diarios, revistas, páginas web y videos en noticieros. En una de las entrevistas en *El Diario* de

¹² El chipote chillón es el utensilio que lleva el Chapulín Colorado.

México (Wright, 2014) cuenta:

A partir de Guatemala tenía planificado viajar a «dedo» [...] y pensaba la forma de llamar la atención en la carretera. Y ahí se me ocurrió ponerme el traje de El Chapulín Colorado. Toda Latinoamérica lo conoce, todos lo aman y el disfraz es llamativo. A Honduras llegué a fines de marzo, visité un mercado, me compré ropa de segunda mano y me hice un disfraz del Chapulín que me quedó feo, pero la gente ya me identificaba como el Chapulín. Ahí también me compré el Chipote Chillón [...]. Pasé por Nicaragua y luego llegué a Costa Rica, donde me conseguí un trabajo por varios meses y me compré el disfraz que llevo hoy, que es mucho mejor que el primero. Cuando estoy en las calles o al borde de las carreteras la gente me grita «Chapulín, Chapulín».

El Chapulín Mochilero siempre viaja a dedo, con la mochila y su disfraz, no necesita más, no importa dónde deba dormir, él no está dispuesto a pagar por viajar, ya que eso implicaría abandonar la aventura. Los principios fundamentales de su viaje son la austeridad y el abandono del deseo, el no necesitar más que lo que lleva en su mochila. Como menciona Espinosa (2012: 8), se trata de personas cuya elección de viajar implica una renuncia y abandono de estabilidades, practicando una vida austera y desapegada. El Chapulín parece no solo identificarse a esta concepción de viajero, sino que tiene, además, la necesidad de remarcarlo constantemente en su discurso.

DE VIAJEROS, PRESENTACIONES DEL YO E IDENTIFICACIONES

La construcción del «viajero», en tanto proceso por el que él mismo se piensa y es pensado por otros, nos acerca a la interrogante de si existe una serie de valoraciones, percepciones, prácticas y representaciones que configuren una imagen individual o grupal del viajero, que les permita construirse no solo como sujeto o grupo, sino también como un tipo particular de viajeros distinto de otros.

El individuo como personaje representa un «sí mismo», proyecta una definición que surge de la escena montada y que busca obtener crédito y reconocimiento de esa puesta en escena y ser convincente en su rol (Goffman, 1997). La representación de ese «sí mismo» no es única ni esencial en el sujeto, sino que po-

dría ser comprendida como una *identificación* (Hall, 2003), una construcción relacional nunca terminada, cambiante y diferente según el contexto. «Hablar de identificación implica aceptar que las identidades jamás son singulares, sino que se construyen de múltiples maneras a través de discursos, prácticas, posiciones diferentes; están sujetas a la historia y a un proceso de cambio y transformación, tienen que ver con comprender a la cultura en el proceso de devenir, y no de ser» (Espinosa, 2012: 96). La idea de identificación colabora en este proceso de entender al viajero en su dimensión múltiple y cambiante producto de los distintos agenciamientos.

El contrastar identificaciones puede estar también relacionado a la fachada en la presentación de la persona. Para Goffman (1997: 34), la fachada es «la dotación expresiva [...] empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación» que permite no confundir ni asociar a estos tipos distintos de viajeros. La fachada se compone de vehículos transmisores de signos más o menos alterables, como la vestimenta, la corporalidad, el lenguaje, el aspecto, etc. Goffman señala que hay actantes que en su presentación quieren generar la impresión de que su persona tiene motivos ideales para desempeñar el rol que cumplen, como si existiera una esencia que los determinara a tal cosa.

Como ya se dijo, el viaje habilita agenciamientos diversos en el viajero. En la interacción con otras personas, lugares, ideas y cosmovisiones, las identidades son negociadas recíprocamente y el lugar del viajero es definido por la significación simbólica que se le da a sus prácticas (Clifford, 1999). En cada sujeto conviven distintas presentaciones del «yo»: distintos estilos, técnicas corporales, formas de hablar, dialectos, entre otras cosas.

En los varios encuentros que tuve con Caleb y observando cómo interactuaba con otras personas en distintos espacios, fui descubriendo cómo había construido una presentación de su persona. Él había construido su personaje como viajero, una representación teatral más o menos controlada que informaba sobre su persona. Por momentos, se sumía en la actuación del «Chapulín Mochilero», personaje que le permitía «enfrentar el viaje con más seguridad» (Caleb) y ser ayudado, financiado y reconocido por

otros. Empero, en confianza se abría y se presentaba más «genuino» (Caleb), reconociendo todas aquellas características que según él son desventajosas y restrictivas para viajar. «Yo quiero viajar para quitarme este miedo, para enfrentarme a mis inseguridades. Porque la prisión está en mí, el encierro soy yo».

Recuerdo que la tarde previa a su partida a dedo hacia Brasil nos sentamos en la playa, mirando encantado el atardecer, Caleb comenzó a hablar con voz angustiada y señaló que no quería partir, que le recorría un miedo inmenso al abandonar un lugar y enfrentarse a algo desconocido. «Todos me ven como mi personaje: El Chapulín, un chico valiente que no teme lanzarse por el mundo. Pero no. En eso me quiero convertir y sé que viajando lo voy a lograr, pero no siempre puedo» (Caleb). Para él, El Chapulín es una de sus presentaciones de la persona, es una máscara, una conducta espontánea, pero a veces pensada y hasta fingida (Goffman, 1997).

Espinosa (2012) menciona que las identidades son potencialmente transformables en el viaje. En esa dinámica relacional con lo social, con lo distinto y desafiante, la identidad se vuelve *identificación* (Hall, 2003). Es decir, se convierte en un flujo incesante de cambios que no admiten singularidades, sino multiplicidades, historizables y transformables, plasmadas en discursos y prácticas.

Asimismo, la identificación puede darse también por contraste. El concepto de *identidad contrastante* de Cardoso de Oliveira (2007) refiere al proceso de identificación en el que el sentimiento de pertenencia o adscripción a un grupo se construye a través de la experimentación de oposición, de contrariedad a otro grupo. Esta forma de identidad implica la afirmación de un nosotros frente a los otros, como modo de diferenciación con relación a un grupo o persona a los que se ven enfrentados, negando la otra identidad. Autores como Espinosa (2012), Cabello (2014) y Monteiro Silva (2011), observan que muchos viajeros construyen una identidad contrastante respecto a la de los turistas, diferenciando sus prácticas, los lugares ocupados-visitados, sus percepciones del lugar, sus formas de interactuar con los «locales», etc.

Esta identidad contrastante la pude observar en la charla entre Andrés y Caleb. El último buscaba separarse de las prácticas

y discursos de Andrés por considerar que estas no eran las de un «verdadero viajero», sino las de un turista tradicional.

Tony, un viajero argentino que conocí en mi viaje por Perú, construye también una identificación por contraste. En una de nuestras charlas menciona que él busca vincularse con la gente y los lugares por fuera del turismo, desde un personaje distinto al del turista o el mochilero. Él se identifica con la imagen «forastero».

Yo: Respecto a lo que decías del turismo... ¿te consideras un turista?

Tony: ¡No!, mala palabra.

Yo: ¿Cómo te definirías?

Tony: Me considero un forastero.

Yo: ¡Forastero! ¡Qué interesante! ¿Qué es un forastero?

Tony: Se aplica a la persona que proviene de otro lugar.

Yo: ¿Cómo crees que te ven los de ese lugar al que llegas?

Tony: Justamente así, por eso me gusta tener ese contacto, distinto al que tienen los turistas. Es un contacto de verdad. En mi caso, es poder tener un contacto descontaminado de lo que brinda el turismo, por ejemplo. Ver más la vida del lugar, la cotidianeidad del lugar, más original, simple, más de raíz. Buscar el mercado del lugar, ver quién es el panadero, el verdulero. Yo quiero ser uno más.

Yo: ¿Intentas ser uno de ellos?

Tony: No, no podría nunca entenderlos, no podría adaptarme totalmente a la forma de vida. Siempre intento ser yo: Tony. Pero adaptarme a cada sitio, ser un forastero. Un forastero siempre está en búsqueda de trabajo, de ser quien es en cualquier parte del mundo, de adaptarse. El mochilero, por el contrario, no siempre trabaja, no siempre se queda.

Las prácticas de Tony están condicionadas al contexto en el que él se mueve. Para él elegir el viaje como modo de vida implica no reproducir ciertas prácticas asociadas al turista ya que estos son contaminantes para el entorno, generan una relación negativa con el entorno social y ecológico.

Luri, una viajera argentina que conocí en Budapest, Hungría, mantenía una postura distinta al respecto. Aunque reconoce que algunas de sus prácticas son distintas a las de un turista, no se identifica por contraste a estos. «Podrían considerarme una turista porque quiero conocer el mundo, pero yo no pago por alojamiento ni consumo lo mismo. Yo ando por ahí, sin rumbo, conozco miles de camas y conoceré muchas más, conozco mucha gente. No tengo mi lugar ni lo quiero. Ando en ruta» (Luri).

Ella se identifica con la imagen de la mochilera, porque carga con lo que necesita a los hombros, y con la del nómade, ya que no cree tener un lugar de retorno, está en constante movilidad. En este mismo aspecto Deleuze y Guattari (2004) distinguen al nómade del migrante, el itinerante y el trashumante. El nomadismo refiere a una vida siempre en *intermezzo*, es decir, siempre en movilidad entre un lugar y otro. El nómade alcanza un punto sabiendo que será abandonado.

Aunque estos tres viajeros difieren en algunas de sus prácticas, comparten varios de los principios que ellos consideran esenciales. Los tres se identifican con la imagen del viajero que vive el presente, que se vincula con el entorno para obtener los medios para reproducir su modo de vida, que aprovecha cada oportunidad que se le aparece, que mantiene una vida austera y alejada del consumo, que lleva en su mochila todo lo necesario para su viaje practicando el desapego de lo prescindible, entre otras.

A su vez, aquellos que eligen el viaje como modo de vida son identificados por los otros. En las lecturas me he encontrado con diversos nombres: «vagabundos», «trotamundos», «nómades», «nómades globales», «neo-nómades» «viajeros posmodernos», «hippies», «ciudadanos del mundo», «pasajeros», entre otros (Duplancic, 2005; Bauman, 2010; Monteiro Silva, 2011; Espinosa, 2012; Cabello, 2014). En cada caso, sus prácticas y representaciones los caracterizan o diferencian de otros viajeros.

Bauman, por ejemplo, los identifica como vagabundos y los diferencia de los turistas. Entiende que, aunque ambos son personajes característicos de la actualidad y conforman flujos globales contemporáneos, se construyen uno en oposición al otro. «Los [turistas] viajan a voluntad [...], se les seduce o soborna para que

viajen, se les recibe con sonrisas y brazos abiertos. Los [vagabundos] lo hacen subrepticia y a veces ilegalmente; [...] se les recibe con el entrecejo fruncido, y si tienen mala suerte los detienen y deportan apenas llegan» (Bauman, 2010: 117-118).

NIKOLAS

Nikolas es un chico alemán de 22 años que me escribió por *Couchsurfing* solicitando quedarse dos noches en Montevideo. En su perfil pude ver que se autodefinía como mochilero y se describía como «un alma perdida, un trotamundos», un soñador que hace solo lo que ama, que busca la paz y que quiere divertirse y vivir disfrutando sin planes para su vida.

En su mensaje me escribió que tenía pensado pasar por Montevideo por dos noches, y me aclaró que ya había tenido la más amplia variedad de experiencias, con lo cual era muy poco exigente, tan solo con una cerveza y un plato caliente disfrutaría de su estadía. Al llegar a Uruguay haría ya 23 meses que se había lanzado a dedo por toda América.

Nikolas llegó a Montevideo un lunes a la tarde, venía desde Colonia haciendo *autostop*. Al encontrarnos enseguida salimos a recorrer el centro de Montevideo. Me contó que había aprendido español durante el viaje, era uno de sus objetivos, y que podríamos comunicarnos en mi lengua materna si queríamos. Lo invité a una reunión que tenía luego. Me dijo que le encantaría porque eso era lo que más le gustaba: los planes espontáneos y más «genuinos», el compartir lo que hace la gente local. Se integró con mis compañeros y participó activamente opinando sobre los proyectos que estábamos organizando. Al salir propuso que fuéramos a tomar una cerveza al aire libre, así que lo invitamos al callejón de la Universidad de la República. Contaba anécdotas de sus viajes, nos preguntaba sobre la vida en Uruguay y nos mostraba alguna de sus pocas fotos: «No creo en guardar fotos, los recuerdos se guardan acá», dijo señalando con su dedo índice la sien.

Al igual que Caleb, mantenía algunas imágenes que atestiguan sus «aventuras» más singulares y que verificaban lugares atípicos

en los que había dormido, lo poco que necesitaba para su viaje o cómo hacía dedo en la ruta. Todas ellas eran acompañadas de algún relato. A diferencia de Caleb, y probablemente por las dificultades que le imponía el idioma, sus relatos no eran tan adjetivados, no eran tan cargados ni intensos. Sin embargo, sus expresiones, la emoción con la que mostraba las fotos, las risas prolongadas y la insistencia en mostrar las imágenes a cada nueva persona que conocía era la forma de presentación de su persona, de introducir su personaje, de validar sus relatos.

Nikolas, como Caleb, eternizaba los instantes vividos en esas fotos, hacía advenir los acontecimientos con intensidad y fuerza. Como menciona Maffesoli (2001), estas prácticas no favorecen el cuidado del mañana, sino que enfatizan un deseo de vivir en el presente en función a un *ser* constituido progresivamente, donde solo las situaciones tienen importancia. Un *ser* que se constituye en la acumulación de experiencias, para el que la fotografía funciona como un archivo que recrea en distintos lugares y tiempos y ante diferentes personas, una situación plasmada en lo inmóvil y eterno de las láminas fotográficas.

Entre sus varios relatos, contó que desde adolescente tenía claro que emprendería un viaje al terminar la secundaria, ya que siempre había sentido la presión interior, el impulso, de dejarlo todo, su familia, amigos, hogar, bienes materiales, país, para vivir desarraigado. En su descripción enfatizaba la palabra *vagabundo* para describir este abandono: «Siempre quise vivir como un vagabundo, sin deseos materiales, sin cargas, explorando el mundo, descubriendo mi ser interior, las distintas formas de vida, viviendo el presente, el hoy, viviendo de lo que la gente me puede ofrecer».

Este relato me recuerda la película francesa *Sin techo ni ley*, de Agnes Varda (1985), en la que Mona, una joven francesa, decide desarraigarse de todo para lanzarse al mundo sin techo ni ley. Cambia constantemente de lugar, trasladándose a dedo, sin trabajar y obteniéndolo todo mediante el intercambio con gente que va encontrando en su camino. Busca la libertad a través del descompromiso, de no sentirse interpelada por ningún sujeto y no atarse a nada. A lo largo de la película se muestra cómo ella se va encontrando con gente en

los distintos lugares que transita, en el campo, playas, poblados y en la ciudad. Los personajes con los que se topa son variados. Con todos ellos establece un vínculo superficial y frágil basado en lo que ellos le pueden dar para que siga su camino. Se visualiza que, aunque el vínculo es momentáneamente intenso, se torna frágil y esporádico, y en muchos casos se convierte en un vínculo sexual, es decir, que estaría también atravesado por cuestiones de género.

DE VÍNCULOS Y RELACIONES

En el callejón de la Universidad, Nikolas comenzó a hablar sobre fútbol con unos chicos que se acercaron. Pronto nos integramos todos a la conversación y Nikolas se apartó y se colocó a mi lado para decirme en voz baja que el hablar de fútbol había sido siempre la llave para vincularse con la gente.

El establecer vínculos con «locales» y con otros viajeros es un punto clave en el desarrollo del viaje, más aún cuando se decide emprender un viaje en soledad. Estos vínculos son los que van a ir redefiniendo al viajero, su lugar, su identidad, sus motivaciones y aproximaciones respecto a los otros, aspectos que a su vez redefinen el cómo se establecen los vínculos (Clifford, 1995). En particular, el entramado de relaciones que se va construyendo en los distintos lugares de paso o de establecimientos representan los «arraigos dinámicos» (Maffesoli, 2004), característicos de aquellos que eligen la vida errante.

Nikolas narró algunos inconvenientes que había tenido con camioneros cuando hacía dedo. Estas historias se repiten entre aquellos que viajan solos y a dedo, en las mismas aparecen personajes con los que se vinculan que, de una forma u otra, intentan aprovecharse de los viajeros. Aunque se profundiza y se torna más frecuente y naturalizado en el caso de las mujeres, la violencia o proposición sexual aparece también hacia hombres. Nikolas contó que varias veces, haciendo dedo, conductores de camiones o autos se le insinuaron, más o menos violentamente, proponiéndole hacer algún tipo de intercambio sexual por llevarlo al destino que él quisiera. «Te ven solo y creen que pueden aprovecharse de vos,

que pueden hacer lo que quieran contigo, o que como viajas con bajo presupuesto o sin dinero te podés prestar para cualquier tipo de indecencia con tal de conseguir transporte. Pero es porque no entienden lo que hacés, no entienden la forma de vida que elegiste» (Nikolas).

Como Clifford sugiere, el viajero va a estar siempre atravesado por cuestiones de clase, género, economía, raza y etnia. La cuestión de género es una de estas relaciones de poder que se ponen de manifiesto en los vínculos que establece el viajero o la viajera, a veces facilitándole el viaje, a veces tornándolo más riesgoso y hasta más juzgable. «Las damas viajeras (burguesas, blancas) son pocas y aparecen como rarezas en los discursos y prácticas dominantes. [...] las mujeres viajeras estaban obligadas a disfrazarse, someterse o rebelarse discretamente a un conjunto de definiciones y experiencias que eran por norma masculinas» (Clifford, 1995:12).

A principios de 2016, dos viajeras argentinas, que recorrían la costa de Ecuador, fueron asesinadas por dos hombres del lugar. Las reacciones fueron diversas; muchos inculparon a las mujeres por «viajar solas», otros calificaron este homicidio como «feminicidio» y destacaron la irrefutable relación entre el patriarcado y el turismo (Carbajal, 2016). La idea del estar «solo» en el viaje conlleva una concepción de vulnerabilidad: te puede pasar algo, te estás descuidando. Así es como se justificó el asesinato de estas dos argentinas que viajaban por Ecuador a dedo: «víctimas propiciatorias», como calificó el incidente el psiquiatra argentino Hugo Marietan (BBC, 2016).

Esto me recuerda una anécdota que Luri me contó al detalle acerca de su estadía en Perú con una amiga. Ambas viajaban «solas», con la mochila en la espalda, prontas para dejarse descubrir cuál sería el próximo destino y el próximo alojamiento. Al llegar a Cuzco, contactaron por *Couchsurfing* con un señor de unos 40 años que les ofreció su casa para hospedarse unos tres o cuatro días. El primer día tomó su auto y junto a un amigo las llevó a recorrer una cantidad de sitios en la ciudad, todo parecía muy agradable y cómodo. Sin embargo, la situación se tornó riesgosa al caer la noche. Con la idea de ir a cenar unas pizzas en algún bar del centro

de la ciudad se subieron a su auto. Él tomó una botella de whisky y algunos vasos de plástico antes de partir, pasaron por su amigo y emprendieron ruta. Pronto comprendieron que no se dirigían al centro de la ciudad, y que el plan no sería cenar. A unos tres kilómetros pasando la última casa de Cuzco, el señor estacionó su auto en la oscuridad. En su asiento se dio vuelta para mirarlas y les dijo que esa noche se emborracharían, mientras servía los vasos con el whisky. Mientras Luri me contaba esta historia pude ver como su tono de voz cambiaba. Le pregunté qué le sucedía y me comentó que le recorría una sensación de miedo e incomodidad al recordarla. «El amigo de este tipo nos dijo, ante nuestra insistencia en volver a la casa, que no nos preocupáramos, que solo iban a violarnos. Se hizo el chistoso y, de mala gana, mordiendo el vaso de plástico con los dientes, nos devolvieron a la casa» (Luri). No hubo ningún otro incidente.

En ciertos contextos el viaje en soledad es considerado como de alto riesgo por muchos de los no-viajantes, por los asentados. Bajo un discurso u otro, transmiten que el salirse de las estructuras es peligroso, alocado, es una práctica incomprendida. De esta forma justifican los incidentes que experimentan los viajeros.

La idea de viajar es entendida como una elección desviada que escapa de la relación normal del individuo con el medio o lo social. Como señala Espinosa (2012), muchos de los que eligen el caminar por el mundo como modo de vida se mueven solos por elección. La soledad favorece su integración en los lugares que habitan y favorece los vínculos de solidaridad con los «locales» y con las comunidades de viajeros.

ELIGIENDO VÍNCULOS

A medida que se mueven, los viajeros van tejiendo redes vinculares, algunos prefieren establecer vínculos con «locales», otros prefieren con viajeros. Lagarto es un viajero argentino de unos 35 años que viaja desde el año 2003 bajo distintos formatos. Empezó viajando solo y a dedo por Latinoamérica. Luego se aventuró con quien era su novia en un viaje de unos tres años y hoy en día, un

año después de terminar su relación de pareja, emprendió un viaje en camioneta con dos compañeros de su grupo musical y su perro.

Una noche fría de invierno en que nos juntamos a cenar, me contó con detalle su experiencia en la comunidad de viajeros La Tahona. «Muchos de mis amigos viajeros me hablaban constantemente de La Tahona, y me decían que si iba a Uruguay tenía que visitar ese sitio en las Sierras de Rocha, donde me encontraría con hermanos viajeros. Así que cuando me arrimé al país fue el primer lugar que visité. Pasé cerca de dos meses allí» (Lagarto).

La Tahona es una comunidad de jóvenes viajeros en las Sierras de Rocha. Estos viven de la huerta orgánica y habitan casas que construyeron ellos mismos en barro. Asimismo, cuentan con un centro cultural, una posada y un restaurante que les permite vincularse con «locales» y turistas y recaudar fondos para mantener activo su proyecto.

Uno de los espacios más reconocidos de la comunidad es la cúpula acústica. Construida en barro, es un espacio en el que se realizan conciertos, cursos y otras actividades. Lagarto se acercó al sitio para encontrar a sus «hermanos de ruta» (Lagarto) y para grabar algunas de las canciones de su disco *Arte al viento*, que me regaló en uno de nuestros tantos encuentros. «La acústica es impresionante y siempre había querido grabar mis canciones en un sitio así, pero el lugar no es lo que aparenta ser más allá de eso». En confianza me comentó cómo lo que en un momento fue ideal se transformó en un espacio de muy difícil convivencia debido a la existencia de vínculos jerárquicos. «Llegan muchos viajeros solos a trabajar en el sitio y hospedarse. Pero los tratan distinto. Los que viven ahí tratan bastante mal a los viajeros, les dan comida distinta, les hacen trabajar muchísimo mientras los dueños no hacen nada. Eso no me gustó, me generó rechazo».

Los espacios de encuentro entre viajeros no son siempre tan horizontales como indicaban los andantes con los que trabajó Espinosa (2012). Parecería que, a veces, esos espacios que se proyectan como «lisos» e igualitarios (Deleuze y Guattari, 2004) se terminan institucionalizando, estriando, y reproducen características de la sociedad de la que quieren distanciarse.

Lauro comenzó su viaje con dos amigos, pero pronto decidió separarse, ya que los propósitos del viaje se diferenciaban cada vez más. Aunque había recorrido gran cantidad de países, toda Latinoamérica y Europa, concluía que con los que mejor se vinculaba era con los viajeros, particularmente uruguayos y argentinos. Para él el nivel de entendimiento era mayor con quienes compartía ciertas cuestiones identitarias, además del idioma. «Entienden los chistes, las expresiones, cuando hablás de comida. Es otra cosa. Con los otros, aunque compartas el idioma, se ríen de cosas diferentes y no terminas entendiendo» (Lauro).

El vínculo con los «locales» pareciera ser un punto de conflicto para este viajero. «La gente del pueblo siempre se termina quemando. Como que somos mala influencia para los niños porque estamos tatuados, piercing, drogas. Si el pueblo es conservador, siempre pintan bardos» (Lauro). Sin embargo, acotaba que cuando llegaban empresas a invertir en proyectos de hotelería o turismo, los «locales» no se quejaban. El concepto de Pratt (2010), *zona de contacto*, es de ayuda para entender este planteo. La zona de contacto como región de encuentro entre personas separadas geográfica o históricamente hace emerger relaciones que pueden evidenciar la dominación, el interés, la confraternidad o la desigualdad. Estos contactos culturales e identitarios pueden conducir al rechazo o a la aceptación. Lo cual también estará condicionado, como dice Clifford (1995), por presiones económicas y políticas además de las culturales.

Las historias de Pol, compañero de viaje de Lauro, respecto al vínculo con «locales», manifiestan otra calidad de contacto. Él hace énfasis en que dependerá siempre de la voluntad con que vayan los viajeros a vincularse con ellos.

Te das cuenta que todo es un teatro, lo que hacés, a quien respetás y a quien no, el rol que asumís. Entonces se puede cambiar, tenés que cambiar el personaje y ¡ya está! A mí la gente siempre me hizo el viaje. Pegás buena onda con los pescadores [...] se recopan y te abren las puertas a todo. Yo me relaciono más con «locales». Hay viajeros que se llevan más con viajeros, son estilos, depende de cada uno. Hay gente que viaja en grupo y hace más que te quedes en el grupo organizando las comidas y todas las cosas. Porque hay gente que tiene que viajar en grupo porque los «locales» no le bancan la cabeza. Van y dicen: «yo no como esto, ni esto,

ni esto y esto me da asco», y los «locales» dicen, ta sí sí. No te convido con nada (Pol).

De todas formas, Pol señala que en algunos sitios siempre será «gringo». ¹³ Es decir, que las desigualdades sociales se mantienen y se ponen de manifiesto a pesar de la voluntad de la persona. Nikolas también destaca esta desigualdad al mencionar que muchas veces por verlo rubio y que no puede hablar bien español, buscaban sacarle ventaja o dinero. La reacción de él no era la de problematizar la situación, sino que lo consideraba un impulso para fortalecerse y moverse con más facilidad desvinculándose de los lugares y las personas. «Si encontrás gente que te cae bien, entonces te arraigás y no querés irte. Si te querés quedar, interrumpís el viaje. [...] Es mejor no tener vínculos profundos» (Nikolas).

El desarraigo vincular que señala Nikolas es una de las características de este tipo de viajes y de afrontar la vida errante. Maffesoli (2004) trabaja esto a través del concepto de *arraigos dinámicos*, entendiéndolo como la tensión entre la separación y la distancia de lugares y personas específicas, y la satisfacción de haber cruzado el límite, de haber dejado lo sedentario. En el nomadismo es necesaria la interacción dialéctica entre la movilidad, el desarraigo, y el sedentarismo, el arraigo.

En este sentido, para Nikolas los vínculos son la posibilidad de concretar el viaje en términos de transporte, alimentación, diversión, alojamiento. A su vez, señala el riesgo de sedentarizarse que se corre con la intensificación del vínculo, es entonces cuando debe ser abandonado. Algo similar a lo que plantea Caleb en sus prácticas: sus fuertes ganas de quedarse debían ser desafiadas por su «deber» irse.

Tony me comentó que en los ocho años que hacía que viajaba había mantenido algunos vínculos de pareja. Sin embargo, en el momento en que ellos se tornaban un impedimento para continuar su viaje, optaba por separarse priorizando las libertades individuales.

¹³ Refiere a viajeros generalmente de origen europeo o estadounidense que viajan con gran posibilidad y deseo de consumo. Alude también a rasgos físicos como el ser rubio y de piel y ojos claros.

Tony: El tema de los vínculos en los viajeros es algo delicado, por la sola exposición constante de emociones. Eso hace que seamos muy sensibles a despedidas, a bienvenidas, a generar lazos. Son vínculos sinceros, claro; la separación me genera mucha nostalgia, pero [...] soy fiel practicante del desapego, siempre fomentando el principio de quien te quiere bien te quiere libre. Nunca dejé de hacer por alguien algo que quería hacer.

Yo: O sea que, de cierta forma, ¿los vínculos serían una forma de restringir tu libertad?

Tony: No, para nada, pero generan un compromiso del cual para quien lleva esta vida es algo difícil de hacer.

El vínculo es conceptualizado, entonces, como un compromiso que implica responsabilidades, deberes y que podría ser restrictivo de las elecciones libres de los individuos. Cuando viajeros como Caleb, Nikolas o Tony deciden desapegarse y arraigarse a otra cosa para seguir andando, muchas veces esa otra cosa es su ideal de viaje, de libertad, su proyecto de vida.

Hoy día, con la flexibilización de las relaciones sociales (Ortiz, 1998) se apuesta a que las relaciones fluyan, se transformen, transiten, ya que lo contrario simbolizaría la opresión, el encierro, el conservadurismo. Aunque la decisión de desapegarse es tomada con firmeza, es una decisión que genera cierto sufrimiento, que plantea interrogantes. Sin embargo, al primar el desapego se pone de manifiesto que, en la forma de relacionarse de los viajeros nómades, son los proyectos individuales erigidos sobre las propias voluntades los que determinan los tipos de relaciones que se establecen, así como la intensidad y la duración de los mismos. El respeto por las libertades individuales puede agrupar o separar individuos en la medida en que se comparta o no este principio. Entonces, es así como las relaciones se tornan flexibles, fluctuantes, transitorias y prima el no compromiso estable (Espinosa, 2012).

CONCLUSIONES

A lo largo de este proceso de análisis de datos y escritura se han podido delinear algunas conclusiones que se ilustrarán a continuación. Como ya se expuso, los sujetos que eligen el viaje

como modo de vida abandonan cualquier proyecto que implique la sedentarización y se embarcan en un andar constante que les supone el desarraigo a un territorio fijo y a ciertos bienes materiales, el abandono de vínculos cotidianos, la búsqueda diaria de sustento para reproducir su modo de vida, la renuncia a estabildades y seguridades respecto al futuro, entre otras cosas. En particular, los proyectos de vida que eligen los viajeros podrían ser considerados como «alternativos», ya que sostienen prácticas y discursos que buscan separarse de las formas más «hegemónicas».

En tanto sujetos se observa que no es posible construir una única imagen de los viajeros, como individuos o como grupo, ya que el viaje implica agenciamientos diversos y múltiples, transformaciones constantes, operaciones en el alma y cuerpo, búsquedas, devenires e interacciones, que imposibilitan esta reducción. En el caso de Caleb muestra en sus relatos cómo configura estratégicamente distintas «presentaciones del yo» (Goffman, 1997) para abordar situaciones diversas.

A lo largo del trabajo se ha observado que, en sus prácticas y discursos, los viajeros buscan separarse de las formas de viaje relacionadas al turismo. A pesar de que ciertas formas del turismo, como podría ser el turismo mochilero, pueden situarse cercanas al viaje como modo de vida, y aunque muchas veces visitan los mismos sitios, aparece en los viajeros de esta etnografía un tipo de identificación por contraste con la figura del turista. Quienes viven viajando entienden que el turista establece un contacto superficial y poco «genuino» con los lugares visitados y con los «locales», que está atravesado por el consumo y el mero disfrute.

En contraposición, los viajeros con los que se trabajó manifiestan estar motivados por búsquedas más profundas del ser, de la existencia, del cómo vivir y disfrutar de la vida. Aparece en ellos, como mencionaba Maffesoli (2004), la búsqueda de una transformación cualitativa de su existencia, de su relacionamiento con otros sujetos, espacios y objetos. Ellos enuncian algunas características valoradas positivamente como son la espontaneidad, la aventura, lo auténtico, la vida austera y alejada del consumo, el desapego material, vivir el presente y aprovechar lo que las circunstancias brindan.

Con relación a los vínculos, se ha observado que muchos de los viajeros terminan optando por viajar solos debido a la incompatibilidad de búsquedas u objetivos, o porque se sienten más libres de esta forma. Tales son los casos de Nikolas, Tony, Caleb, Ricardo, Luri, Lauro y Pol. Por esta razón, los vínculos con «locales» y otros viajeros se viven con mayor intensidad. Tanto desde experiencias negativas, como las narradas por Luri, Lagarto y Nikolas, como positivas, en el caso de Pol y Tony.

En el contacto entre viajeros, y viajeros y «locales» se pone de manifiesto lo que Pratt (2010) denomina *zona de contacto*. Las diferencias socio-económicas y culturales pueden acentuarse y conducir al rechazo o a la aceptación. Se observa que en los vínculos se dan situaciones en las que los «locales» buscan aprovecharse de la posible vulnerabilidad del viajero, así como otras en las que se solidarizan con el mismo.

De una forma u otra, todos los viajeros con los que se trabajó en este artículo basan su viaje en estos vínculos de solidaridad, ya que reciben hospedaje, transporte y hasta financiación de personas que encuentran en su andar. A pesar del rol fundamental que cumplen los vínculos con los otros, el desarraigo, o el arraigo dinámico, está siempre presente. Como plantea Maffesoli (2004), el arraigo dinámico es la interacción dialéctica entre la movilidad y el sedentarismo, necesaria para concretar el viaje como modo de vida. Caleb, Tony y Nikolas narran cómo debieron desapegarse de vínculos muy profundos para permitirse continuar el viaje.

Entonces, en la travesía estos viajeros se abrieron a experiencias y vínculos nuevos y desconocidos, se despojaron de algunos arraigos y se aferraron a otros, reafirmaron, renovaron y transformaron su forma de ser en el contacto con otros lugares y personas. Se observa que el proceso de descubrirse extranjero en contextos nuevos les permite pensarse desde otro lugar, construir nuevos sentidos para su vida y deconstruir aquellos que estaban naturalizados.

Por último, como plantea Espinosa (2012), se reconocen dos grandes categorías de viaje: el viaje como experiencia individual y el viaje como movimiento histórico y colectivo. El viaje, en el caso de quienes lo viven como modo de vida, toma una dimensión más

experiencial y personal sin adquirir la dimensión que supera lo individual para volcarse a lo colectivo. Esto, según Velho (2010), puede ser visto como superficial, desligado de las raíces regionales y nacionales, descomprometido con el mundo doméstico y familiar.

En suma, me interesa señalar que a pesar de que existen características y búsquedas comunes en los viajeros, no existe una teoría de fondo que los agrupe en un colectivo con objetivos compartidos y una organización en pos de una transformación específica. Los viajeros proyectan cambios, a través de sus prácticas y discursos, que buscan una transformación de su realidad individual y no un cambio a nivel colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2010). *La globalización. Consecuencias humanas*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- BBC (2016). Viajo sola. Cómo el asesinato de dos turistas argentinas desató un debate sobre el acoso a las mujeres. *BBC mundo*. Disponible en http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/03/160304_america_latina_turistas_argentinas_montanita_ecuador_viajosola_ppb.
- Cabello, A.M. (2014). «El turismo Backpacker en Chile como expresión de una subcultura juvenil global». *Cuadernos de Turismo*, 34: 165-188.
- Carbajal, M. (2016). «La culpa de las víctimas». *Revista Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-293481-2016-02-29.html>.
- Cardoso de Oliveira, R. (2007). *Etnicidad y estructura social*. México DF: Universidad Iberoamericana.
- Clifford, J. (1995). «Culturas Viajeras». *Revista de Occidente*, 170-171: 45-74.
- _____ (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona, España: Gedisa.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2004). *Mil Mesetas*. Valencia, España: Pretextos.
- Duplancic, E. (2003-2005). «El viajero posmoderno. Un aporte a la tipología de viajeros». *Boletín de Literatura Comparada*, Número Especial *Literatura de viajes*: 63-74.
- Espinosa, C. (2012). *Viajeros al margen. Relatos nómades desde el espacio salteño*. España: Académica Española.

- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrurtu editores.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Normal.
- Guigou, N. (2004). «Rehaciendo miradas antropológicas. Acerca de prácticas y sujetos». *Gazeta de Antropología*, 20. Disponible en <http://hdl.handle.net/10481/7288>.
- Hall, St. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrurtu editores.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Maffesoli, M. (2001). *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*. México DF: Paidós.
- _____. (2004). *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcus, G., & Fischer, M. (2000). *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*. Buenos Aires: FLACSO.
- Marcus, G. (2001). «Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la antropología multilocal». *Revista Alteridades*, 11 (22): 111-127.
- Montero Silva, I. (2011). *Backpackers. Notas sobre o universo de práticas mochileras*. Disponible en http://www.xiconlab.eventos.dype.com.br/resources/anais/3/1308394594_ARQUIVO_ArtigoLUSO-Finalizado.pdf.
- Ortiz, R. (1998). *Otro territorio. Ensayo sobre el mundo contemporáneo*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Pratt, M.L. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Richards, G. & Wilson, J. (2004). *The global nomad*. United Kingdom: Channel View Publications-Series Editor.
- Velho, G. (1994). *Projeto e metamorfose. Antropologia das sociedades complexas*. Río de Janeiro: Top Textos Edicoes Graficas.
- _____. (2010). «Metrópole, cosmopolitismo e mediação». *Horizontes Antropológicos*, 16 (33): 15-23.
- Wheaton, B. (2004). *Understanding Lifestyle Sports. Consumption, identity and difference*. New York: Routledge.

Wright, J. (2014). Mexicano logra aventones, agua y dinero gracias al 'Chapulín Colorado'. *El Diario mx*. Disponible en http://diario.mx/Internacional/2014-12-20_b671f5df/-mexicano-logra-aventones-agua-y-dinero-gracias-al-chapulín-colorado/.

Fecha de entrega del artículo: 13-07-2017 / Fecha de aceptación: 28-08-2017.

LAURA MERCEDES OYHANTÇABAL es licenciada en Ciencias Antropológicas, de la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay. Actualmente estudia Licenciatura en Bellas Artes, en el Instituto Nacional de Bellas Artes, de la misma universidad. Es colaboradora honoraria en el Equipo Interdisciplinario de Investigación: Programa Género, Cuerpo y Sexualidad, de la Universidad de la República, e integra la Red Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades (LIESS).